

Escenas Interrumpidas  
Espacio Público Y Medios  
De Comunicación

María Graciela Rodríguez  
Sebastián Settanni  
(Coordinadores)

Colección  
Novecento



EDITORIAL GORLA

## LA ACTUALIDAD DEL ALMA ANTIGUA

María Graciela Rodríguez

Sobre la relación entre los medios de comunicación y los consumos mediáticos de las personas del común se suelen sostener dos hipótesis extremas: una apocalíptica que, aunque con palabras más elegantes que estas, apunta a la “manipulación de las conciencias”; y otra que le resta importancia a la incidencia de los medios de comunicación en la vida cotidiana porque esta sucedería totalmente por fuera de los medios. Mientras que la primera presupone que los consumidores son “tontos culturales” (Hall, 2010), la segunda parece decir que las personas comunes son inmunes a las discursividades mediáticas.

Por supuesto que estas afirmaciones son exageradas; pues solo tienen por objeto señalar tendencias y resaltar que, en verdad, la cuestión es bastante más compleja. Básicamente porque las relaciones sociales son también complejas. Por un lado, la vida cotidiana tiene múltiples mediaciones (institucionales, familiares, vecinales, etcétera) y los medios de comunicación son solo una más entre ellas, lo cual relativiza –y amortigua– su posible “impacto”; por el otro, los medios aportan versiones, muchas veces narrativizadas, que colaboran en la legitimación del entendimiento sobre los lugares ocupados y/o a ocupar en la sociedad, al tiempo que proveen temas y tópicos para la discusión de las agendas públicas por parte de la ciudadanía, lo cual influye en los modos generales de pensar.

La investigación que venimos llevando a cabo desde hace más de una década<sup>1</sup> se propuso, desde el inicio, relativizar ambas afirmaciones. Por eso, ubicamos nuestras indagaciones bajo una perspectiva que se aleja de la relación lineal y unívoca entre lector-texto o receptor-medio de comunicación, así como de aquellos análisis que deducen las interpretaciones de los primeros a partir de las marcas en los segundos; y también de los que estudian sujetos o grupos como si estuvieran aislados en una burbuja sin acceso a los medios. No obstante, hay algo de verdad en la afirmación de Héctor Schmucler respecto de que la historia de las teorías y de los estudios sobre los medios masivos de comunicación ha sido y es “la historia de cómo fueron observados e interpretados los efectos de esos medios. Es el relato de diversas respuestas a una pregunta incesante: qué hace la ‘comunicación masiva’ en el mundo y con el mundo. En rigor, y a pesar de los fundados ataques lanzados contra algunas ideas que los analizaban, el tema de los efectos nunca fue abandonado” (Schmucler, 1997: 115). Y aunque el interés por responder a esa pregunta persiste, lo que se ha modificado son los marcos para su formulación: si en la década de los '80 se produjo un significativo desplazamiento en los estudios de comunicación desde el concepto de recepción hacia el de consumo, actualmente el foco está puesto sobre la experiencia social (Martín Barbero, 2006).<sup>2</sup> Lamenta-

<sup>1</sup> En 2003 encaramos el primer proyecto ligado a problematizar las representaciones populares. Actualmente, luego de quince años, los proyectos en curso son: “Formas contemporáneas de legitimación de la desigualdad. Imágenes de la subalternidad en los medios de comunicación”, (UBA-CyT 2014-2017); y “Hipervisibilización de la pobreza: la construcción mediática de una alteridad ominosa”, Defensoría del Público de la Nación- CONICET, (PIO 14820140100046CO).

<sup>2</sup> Posiblemente sea hora de reavivar el debate respecto de la pregunta original de Richard Hoggart [1957] (2013): ¿cómo reconstruir los mundos imaginativos de los sectores populares en su interacción con las discursividades mediáticas? Las llamadas “investigaciones en recepción” no parecen haber logrado escapar de la artificial noción de “audiencia”. Y acaso

blemente, aún no tenemos resultados contundentes sobre la dimensión de la experiencia social en relación con el consumo de medios, de modo que hasta el momento hemos dedicado todos nuestros esfuerzos al análisis de representaciones mediáticas de grupos subalternos que son, a su vez, subalternizados por ellas.

Inscriptas en estos señalamientos, en nuestras investigaciones le estamos concediendo importancia a las representaciones mediáticas, y particularmente a aquellas que ponen en circulación a los sujetos subalternos. Y esto en razón de considerar que en esas representaciones se precipitan y se destilan elementos de las diferencias históricas sedimentadas socialmente (Grimson, 2011), y que en el procesamiento efectivo de esas diferencias se enmascaran y naturalizan las jerarquías y desigualdades sociales.

Este artículo está dedicado a dar cuenta de los fundamentos teóricos, metodológicos y políticos de nuestras investigaciones, con el fin de aportar a un diálogo, dentro de las ciencias sociales, con disciplinas que se ocupan de temas afines: culturas populares; visibilidad política; regulación de las diferencias; dinámicas territoriales; sociedad de masas, etcétera. Para ello, en primer lugar presento una síntesis de la propuesta de comprensión del régimen de visualidad mediática que se conforma en las sociedades actuales, particularmente en términos de su relación con las modalidades de legitimación del relacionamiento social; en segundo lugar, explico los aportes específicos de lo que Caggiano,

haya tenido que ser una antropóloga, Lila Abu-Lughod (ver 2005), quien, 40 años después del libro de Hoggart, renovó los interrogantes desde la perspectiva inversa: detectando, en primer lugar, la pregnancia de ciertos textos culturales en el discurso de sus entrevistadas en la vida cotidiana, para luego ir al texto —o textos— madre e, incluso, a los contextos —materiales, comerciales, tecnológicos— en que esos textos se producen. Es indispensable hacer una revisión que recorra el trayecto que va desde Hoggart a Abu-Lughod, para observar los baches, los desvíos y las decisiones metodológicas tomadas por las investigaciones en las últimas seis décadas, y renovar, de este modo, la pregunta por las relaciones entre la cultura popular y la mediática.

Magalhaes y Maluf (2008) han denominado un “mirar antropológico” sobre los medios para su abordaje crítico; finalmente, reservo la última parte del artículo a reflexionar sobre la relevancia de esta perspectiva para repensar políticamente cuestiones relacionadas con la ciudadanía y la democratización de la sociedad.

### Sinergias y disputas

Las representaciones mediáticas se entienden como el resultado de un proceso de construcción de la realidad no autónomo sino interdependiente respecto de la sociedad en la que circulan, proceso en el cual también se disputan categorías, contenidos y formas. Aun cuando sea posible distinguir la especificidad de un particular *régimen de visualidad (mediático)*<sup>3</sup>, este ha sido constituido históricamente en conexión con los dispositivos de poder simbólico. Esto significa que no está desamarrado de las dinámicas particulares del *campo de interlocución*, que Rita Segato (2007) ubica en el encuadre nacional, con el cual interactúa este régimen. Y significa también que esta sinergia, que como todo campo discursivo es una arena de disputas, articula su fortaleza en el lento y nunca acabado modelado de la específica *configuración cultural* (Grimson, 2011) en la cual los discursos sociales circulan.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Interesa hacer una distinción entre el régimen de visualidad (mediático), entendido como el conjunto de elementos icónicos, verbales y paratextuales que construyen las “reglas sociales del mirar” articuladas contextualmente a consideraciones históricas, sociales y políticas Mitchell (2003); y el régimen de visibilidad (política) que, aunque informado por el anterior, lo excede hacia situaciones que ocurren en el espacio público general. Para conocer sobre la especificidad del régimen de visualidad contemporáneo, ver Vázquez, C. y Vázquez, M. (2019, e/p).

<sup>4</sup> El *campo de interlocución* de una sociedad regula las modalidades específicas de procesamiento de la diferencia, su jerarquización y las categorías de ordenamiento social, y conforma “un estilo propio de interrelación entre sus partes” (Segato, 2007: 47). Tomando como base este concepto,

Es necesario señalar, a riesgo de parecer insistente, dos cosas. Por un lado, que es imprescindible desechar la idea negadora de que los medios son un mero “reflejo” de la sociedad, o de que son apenas un “epifenómeno” de procesos sociales más amplios, para reflexionar con profundidad sobre el papel cultural, social y político que juegan los medios de comunicación en las actuales sociedades mediatizadas. Y por el otro, que estas representaciones no son ‘inventos’ de los medios, no surgen de la nada, sino que trabajan insertándose en estructuras de sentido pre-existentes, portadoras de una *densidad histórica* (Arancibia y Cebrelli, 2005) que las refuerza y les da valoración social. Por eso mismo, poseen una gran capacidad de condensar sentidos con valencias preñadas para la sociedad, que incorpora una parte de ellas como insumos para la tramitación necesaria de las dinámicas de relacionamiento social. Junto con la escuela, el mercado, las iglesias, la familia y otras instituciones, los medios de comunicación forman parte del conjunto de mediaciones en las múltiples tramas vitales de los sujetos, poniendo en contacto las grandes narrativas sociales con la vida cotidiana (Martín Barbero, 1987).

Operando en el presente, sostenidas en el pasado y orientadas hacia el futuro, las representaciones mediáticas, que implican presencias, figuras visibles, y también ausencias e invisibilidades, van conformando una parte significativa de las memorias y los proyectos ciudadanos. Como señala Edward Said, “las representaciones son elementos activos en los rumos que toma la historia, en la manera como la gente percibe las situaciones” (1997: 219).

Es en ese sentido que Víctor Arancibia y Alejandra Cebrelli hablan de un *régimen de visibilidad de la hegemonía* (2010)

Alejandro Grimson entiende a la configuración cultural como “forma de interlocución de una época, como patrón compartido a través del cual se fabrican y exacerbaban las diferencias” (2011: 74).

desde un marco gramsciano, que remite a una articulación provisoria y siempre inestable de un campo de fuerzas organizado contextualmente; lo cual postula la posibilidad de modificaciones en la misma dinámica articuladora (¿qué es posible percibir y qué no en determinado momento?). Por su parte, Rossana Reguillo (2008) prefiere hablar de *políticas de (in)visibilidad*, entendidas estas como un conjunto de estrategias que administran la mirada, y constituidas históricamente a partir de un intercambio siempre desnivelado de construcción de sentido, lo cual indica una cierta regulación histórica que remite a las relaciones de poder/saber (¿cómo percibimos? ¿Cómo conocemos?). La versión contextual dialoga con la versión histórica dando como resultado unos escenarios dinámicos que ordenan implícitamente los grados de legitimidad para instaurar un “mapa” de interlocutores válidos a través del cual se regula, no solo la legitimidad de las voces de los actores que ameritan acceder a la circulación pública, sino, más aún, las condiciones mismas de su visibilización y su reconocimiento. Ahora bien: régimen de visibilidad de la hegemonía y políticas de (in)visibilidad, comparten un término: “visibilidad”.<sup>5</sup> En ambos casos se utiliza “visibilidad” para referirse a uno de los modos en que se ejerce esa administración de la mirada: el ocultamiento y/o iluminación de ciertas figuras de la alteridad, constituidas desde el punto de vista de quienes han sostenido históricamente posiciones de poder, si bien como resultado de una disputa que implica distintos grados de avances, retrocesos, negociaciones, derrotas y victorias.

De hecho, en su perspectiva histórica, Reguillo acierta al incorporar la problemática del “otro”, en tanto registro funda-

<sup>5</sup> Respecto de “visibilidad”, me permito dialogar tanto con Reguillo como con Arancibia y Cebrelli, y postular la necesidad de diferenciar entre visibilidad (política) y régimen de visualidad (mediática). He argumentado sobre esta diferencia en Rodríguez (2018 y 2019, e/p).

mental de la antropología, para reubicar ese eje en el campo de la comunicación, la cultura, la sociedad y el poder. Afirma que es necesario pensar la problemática de la construcción del “otro” en el marco de los procesos históricos ampliados de dominación político-cultural (esto es: no solo mediática), procesos en los cuales la recurrencia central es la necesidad de fortalecer la “mismidad” del dominante frente a una “otredad” de la cual desmarcarse para legitimar y mantener su dominio. Sugiere Reguillo que esta necesidad de construir un “otro” es parte constitutiva de la construcción –actualizada permanentemente– de la perspectiva moderna occidental; con lo cual el interrogante crucial que la autora nos propone es: ¿quién es el “otro” en los medios de comunicación? ¿Es siempre el mismo? Y si siempre existió un “otro”, ¿en qué figuras encarna ese “otro” en cada contexto? ¿Cómo se va re-articulando la otredad en nuevos tropos según las dinámicas históricas? ¿De qué atributos están equipadas esas figuras para erigirse en una actualización de la otredad en un momento y un lugar determinados? ¿Con cuáles dinámicas políticas, sociales y culturales se articulan? ¿Qué recursos culturales se han estado movilizandando en una sociedad para que esas figuras asuman la otredad en un contexto específico?

Lo relevante, a los efectos de mi argumentación, es que si la presencia de un otro ha sido siempre necesaria para establecer una *cultura en dominancia* (Hall, 2010), lo peculiar de las sociedades mediatizadas contemporáneas es que los medios de comunicación participan activamente de esa cultura en dominancia. Y que una de las facetas de esa participación es ubicar a ese otro como un elemento primario y muchas veces protagonista del régimen de visibilización/invisibilización de la alteridad, que es, va de suyo, subsidiario del régimen de visualidad.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Digo que es “subsidiario” porque, como ya se mencionó, el régimen de visualidad (mediática en este caso), es interdependiente del régimen de

En su especificidad, dirá Reguillo, el paisaje mediático "reconfigura (y descentra) el lugar para pensar al otro, pero se esfuerza en mantener la estabilidad simbólica que le otorga la certeza de un nosotros (expandido) frente a los otros (localizado), dispositivo antropológico del alma antigua" (2002: 72). Y, continúa, como parte de una estrategia de dominio de la mismidad, sobre la otredad, ese otro es construido como "desvío", como "peligro", como "exótico", y/o como una síntesis articuladora de todos esos calificadores, a través de la encarnación en distintas figuras según el contexto histórico local. La diferencia, por tanto, será siempre una diferencia situada, de modos históricos y geográficos, y permanentemente tironeada por diversos sectores de la sociedad en el marco de específicas formaciones desniveladas respecto del poder acumulado: los sectores hegemónicos para que esa diferencia sea calificada de "anomalía"; los sectores subalternos/subalternizados para intentar obtener reconocimiento público y aceptación social plena de su diferencia y de su particular experiencia humana.

No obstante, este tironeo por la diferencia no se da en el vacío sino en el marco plural de un campo comunicacional-cultural específico. Si entendemos a la comunicación como un intercambio intersubjetivo de significados, y por ello mismo, como un diálogo asimétrico en la búsqueda de lo común, la diferencia habilita también su utilización política por parte de actores ubicados en posiciones de subalternidad (entendidas aquí, ampliamente, en términos de un abanico de subordinaciones respecto del ejercicio del poder según género, sexo, etnia, raza, clase). Y por su misma condición de elemento estructurador del ordenamiento social, la diferencia es una herramienta válida para disputar los sentidos estabilizados momentáneamente por las dinámicas de las luchas por la hegemonía, identificable,

alteridades históricas y de la particular configuración cultural que se desprende de éste.

en parte, con aquello que Arjun Appadurai (2001) prefiere denominar el *culturalismo*.<sup>7</sup>

Por ende, los regímenes de visibilización y los de visualidad mediática asociados a los primeros, constituyen un tema clave para el análisis de las sociedades contemporáneas. La adopción de este rumbo nos ha conducido a la elaboración de preguntas concretas como las que siguen: ¿cómo pensar la relación entre desigualdad(es), sentido común y medios de comunicación? ¿Cómo se administran socialmente los recursos simbólicos que sostienen la circulación de las representaciones y, por lo tanto, de los sentidos que portan? ¿Quién posee más poder para atribuirles significados y/o para disputarlos? ¿Y desde qué posición se realizan estas disputas? En este sentido, concretamos nuestros interrogantes en el nudo de la relación que se establece entre la posición de enunciación y la del enunciatario. Es decir, que más que las preguntas por la categoría de representación en sí, y por sus grados de congruencia con su referente, consideramos que, en términos de las formaciones de hegemonía cultural, lo que importa es formular los interrogantes que Said (1990) se hace a propósito del orientalismo: ¿qué se representa?, ¿quién lo representa?, y ¿cómo se representa al otro?

Estas preguntas, que conmueven el corazón de la articulación entre cultura y política, requieren un herramental analítico que permita dar cuenta de la especificidad de los modos en que

<sup>7</sup> Appadurai elabora un argumento para confrontar con la idea de cultura como sustancia, como propiedad de un grupo, y perteneciente a un lugar y un tiempo. Su posición, por el contrario, postula la necesidad de concebir a la cultura como una *dimensión* de los fenómenos sociales vinculada tanto a los cambios en los procesos históricos como a la movilización de recursos asociados a la diferencia. En este sentido habla de *culturalismo* como categoría útil para pensar la diferencia en tanto una dimensión de actuación de los seres humanos. Para ampliar ver Appadurai (2001).

el sentido común sobre las diferencias y la(s) desigualdad(es)<sup>8</sup> se tramita desde los medios; de las modulaciones concretas del régimen de visualidad; de los vínculos de este con la visibilidad política; y de una perspectiva que evada tanto las trampas mediocéntricas como la exaltación de la autonomía de los sujetos. El párrafo siguiente aborda los fundamentos que le dan marco a esta perspectiva.

### La recuperación del alma antigua

Se abren así dos instancias, cada una con filiaciones específicas. Por un lado, desde la antropología, los estudios que toman por objeto a los medios pretenden situarse más allá de los llamados "estudios de recepción" que, con éxito diverso, se desarrollaron durante los años 80 del siglo XX. Aunque focalizados en la situación puntual del "ver medios", con la consecuente artificiosidad de la construcción del objeto de análisis, en parte estos estudios abrieron la puerta hacia el pasaje señalado más arriba respecto del desplazamiento desde el concepto de recepción hacia el de consumo, y de este hacia el de experiencia social (Martín Barbero, 2006). Es precisamente este pasaje el que permitió comenzar a hacer comprensible las modalidades en que esas resignificaciones se cruzan con los sentidos producidos en la vida cotidiana. La relevancia de los estudios que, desde la antropología, toman por objeto a los medios, ha sido su puesta en valor del receptor no solo como sujeto activo y crítico sino también inserto en experiencias sociales no mediáticas. Lo que

<sup>8</sup> El plural en desigualdades pretende señalar la multiplicidad de dimensiones de desigualdad que implican modos diversos de opresión (económica, político-ideológica, religiosa, de género, étnica, etc.) y sus combinaciones. En términos de un sistema democrático, esto produce un abanico de accesos desiguales al goce de derechos, a la cobertura de necesidades básicas, a formas cotidianas de discriminación, a la educación, a asimetrías lingüísticas, etcétera.

esto básicamente significó fue una suerte de ruptura con el modelo unívoco de la relación emisor-mensaje-receptor del modelo teórico –y metodológico– que los precedió. En ese sentido, no solo fueron relevantes en cuestionar la sobreponderación de los medios de comunicación como "manipuladores de conciencias" o la de los hábitos y conductas asociadas unidireccionalmente al consumo de medios, sino que, fundamentalmente, también desplazaron la condición de "receptor" hacia la de sujeto social con sus experiencias múltiples a cuestas.

Por otro lado, y en el marco de las ciencias de la comunicación, la perspectiva desarrollada en el párrafo anterior, que ubica en el centro del análisis la problemática de la alteridad en los medios de comunicación, entiende a los medios como formando parte de la cultura y no en su inmanencia. En este sentido, se diferencia de, y complementa a, ciertos abordajes que se ocupan de la cultura massmediatizada desde sus propias lógicas, como por ejemplo las reconstrucciones a partir de marcas en los textos de los "efectos" de reconocimiento en sus lectores; las transformaciones sociales, culturales y tecnológicas de los medios y los vínculos que los usuarios establecen con ellas; la relación entre la oferta mediática y las dinámicas económicas y políticas de los empresarios de medios; las modificaciones de los esquemas regulatorios de las políticas de comunicación, entre otros. Siendo estos fundamentales para fortalecer y dar cuerpo a los contextos comunicacionales y sus dinámicas, la pregunta por la conformación de alteridades en los medios particulariza su atención en las relaciones de estas con los escenarios sociales, políticos y culturales con los cuales interactúa, así como en la co-producción de desigualdad(es) a través de la jerarquización simbólica de la(s) diferencia(s).

En esta línea de investigación, parece necesario desconfiar de los estudios cuya interpretación culmina o bien en atribuirle a la visibilización de las alteridades un carácter democratizador,

o bien un carácter demonizador. Con frecuencia se confunde la exposición en los medios de las figuras de esos "otros" (la mayoría de las veces mudas, o siendo habladas por intermediarios), y/o la celebración de su supuesta "voz", con el reconocimiento social de la experiencia vital de ese otro en la plenitud de su existencia. O su contrario: la impugnación total de ese reconocimiento social. Como señala Ford, no es lo mismo no estar en la pantalla (el derecho a ser visto como derecho a la comunicación), "que estar presente pero distorsionado" (1999:162), porque si bien ambos procesos discriminan, son diferentes.

En otro sentido, un mirar antropológico también permite dar cuenta, por ejemplo, del entramado comunicacional-cultural contra el que algunos grupos deciden darse a sí mismos una política de visibilidad, como lo ha mostrado Mariana Álvarez Broz (2017) para el caso de la transprostitución, o Sebastián Settanni (2013; 2014) para el movimiento de la diversidad sexual argentino. El objetivo de la reconstrucción del mapa representacional mediático, en estos casos, no tiene un fin en sí mismo, sino aquel de observar en detalle los "lugares" simbólicos donde quedan atrapados los sujetos representados, así como reconstruir, en movimiento, las modalidades que adoptan para sortear los obstáculos de ese entramado y/o las *contraestrategias* (Hall, 2010) utilizadas en esta disputa.

En síntesis, y como anticipé, la perspectiva adoptada se sitúa en la conjunción de dos instancias complementarias: la de los estudios antropológicos de medios y la de los estudios de comunicación. El "alma antigua" de la antropología, y sus modos de mirar y de analizar, se actualiza específicamente en la deconstrucción y posterior reconstrucción analítica y contextual (Grossberg, 2012) de la formación de alteridades en las superficies mediáticas. La conjunción antropología-comunicación abre el camino para una mirada que interroga no solo a los medios en sí mismos, sino más bien a las modalidades de pro-

ducción de discursividades concretas sobre las alteridades y a su ubicación simbólica en el espacio social, discursividades que ocurren, claro está, en una superficie específica como lo es la superficie mediática.<sup>9</sup>

Dada la sinergia entre el campo social y cultural de las alteridades con el enfamado mediático, y la historicidad que la constituye, las figuras centrales que encarnan a las alteridades van cambiando: si en un momento pudieron ser los migrantes regionales, en otro podrán ser los negros, los pueblos originarios, las personas trans, los campesinos, etcétera. Esto dependerá del contexto cultural y político de cada momento y lugar, así como del valor que esas figuras hayan adquirido en la dinámica sociocultural, y del peso específico que poseen sus representaciones para haberse hecho "acreedoras" a esa atribución de representante coyuntural de la alteridad. Estas figuras son expresiones del modo situado en que opera la diferencia: no aparecen de igual manera en cualquier momento y lugar, sino que son la manifestación de las dinámicas particulares del histórico ordenamiento de una sociedad concreta. Además, su estabilidad nunca está garantizada, porque sus grados de aceptación o rechazo dependerá de las acciones de disputa de los grupos que se sientan representados por ella/s.

No obstante, incluso en el marco de estas modificaciones contextuales y situadas, existe una dimensión que permanece a lo largo del tiempo prácticamente igual: la posición de enunciación, el lugar desde el que esos otros son hablados, las perspectivas que los enmarcan. En ese sentido, Castro Gómez sostiene que "la perspectiva es un instrumento a través del cual

<sup>9</sup> Obviamente que este "mirar antropológico" no debe reducirse solo a las superficies mediáticas, sino que también exige problematizar los procesos concretos de recepción, los de producción, los de circulación y los de distribución de las producciones mediáticas. El proyecto en curso PIO-CONICET, mencionado más arriba, plantea investigar las dos primeras dimensiones, si bien aún no tenemos más que resultados preliminares.



se ve, pero que, a su vez, no puede ser visto; la perspectiva, en suma, otorga la posibilidad de tener un punto de vista sobre el cual no es posible adoptar ningún punto de vista" (2005: 62). Esta afirmación es relevante para el caso de las retóricas propias de las narrativas mediáticas, las cuales, por sus propias lógicas, borran las huellas de la enunciación: ese lugar está naturalizado, diluido. Por lo cual es posible afirmar que una de las características más relevantes de la actual hipervisibilización de los grupos subalternos está en relación congruente con la invisibilización de la posición enunciativa.<sup>10</sup> Y todavía más: el enunciador se sitúa, y al hacerlo, sitúa al otro, lo nombra, lo clasifica, lo moraliza, aun cuando el ser humano concreto que ocupa ese lugar coyunturalmente, con su sentido práctico a cuestas, no sea consciente de ello.

Como afirmara tempranamente Stuart Hall (1984), la articulación entre la cultura popular y la cultura masiva<sup>11</sup> es un proceso históricamente situado, relacionado con el ascenso de las fuerzas del capitalismo industrial, momento a partir del cual se establece una relación asimétrica donde unos pocos producen bienes culturales para muchos. La relación será, además, irreversible, porque, a partir de esta articulación, la cultura popular ya no podrá ser pensada autónomamente respecto de la cultura masiva. En esta línea, Hall señala que el discurso mediático está atravesado por una doble dimensión: por un lado, es uno de

<sup>10</sup> Cfr. Álvarez Broz, Rodríguez, Setranni y Vázquez (2015).

<sup>11</sup> Es pertinente señalar que el propio sintagma "cultura masiva" exige actualmente una profunda revisión. De hecho, parece haberse convertido en problemático "por las fuertes connotaciones del término 'masas' que indican anonimato, conformismo y homogeneidad" (Ang, 2004: 166), en función de los cambios en las modalidades (tecnológicas, informativas, políticas y sociales) de la comunicación actual. O, en palabras de Verón: "no por ser grandes las audiencias tienen los atributos implicados en la noción de 'masas' dada la creciente fragmentación de la oferta y de la demanda en los mercados culturales" (2004: 165).

los escenarios donde el sentido común se pone en circulación y, por el otro, constituye uno de los lugares sociales y políticos de aquellos que administran esa puesta en circulación. Por lo tanto, en esta situación comunicacional específica, la operación enunciativa se construye desde una posición que detenta mayor poder para participar activamente en la disputa por (el mantenimiento de) la hegemonía. Por ende, esta posición implica una particular mirada sobre quienes poseen menos poder, mirada que, además, queda invisibilizada y, en consecuencia, se naturaliza. En otras palabras: las retóricas asociadas a la estigmatización pueden variar, tanto como lo hacen las figuras que encarnan la diferencia; no obstante, la dimensión enunciativa permanece a lo largo del tiempo; el lugar desde el que esos otros son hablados y las perspectivas que los enmarcan, presentan pocas variaciones. "El desafío consiste, precisamente, en comprender la persistencia en el marco de la variación histórica" (Segura, 2015: 71).

Entonces, ¿cómo se representa al otro desde corporaciones empresariales que conforman multimedios y conglomerados mediáticos cada vez menos regularizados por el estado? ¿Qué pasa con los grupos humanos procesados por estos medios que se postulan como los grandes promotores del derecho a la "libertad de expresión"? En el siguiente párrafo propongo algunas líneas para reflexionar sobre ciertas cuestiones cruciales sobre la democratización efectiva de las voces y sus efectos sobre la ciudadanía, así como de la relación entre visibilidad mediática y reconocimiento social.

### Voces, ciudadanía y democracia

Además de presentar un relevante potencial como perspectiva de análisis, el "mirar antropológico" posee también implicancias políticas, entendida esta dimensión como una articu-

lación complejamente constitutiva de la cultura.<sup>12</sup> Al menos, dos líneas de reflexión sobre estas implicaciones políticas me parecen significativas para comentar, ambas derivadas de la cuestión de la inmutabilidad de la posición enunciativa: por un lado, la pregunta por la calidad de la información de la que dispone la ciudadanía para la toma de decisiones; y, por el otro, el tema de la relación, no siempre garantizada, entre visibilidad mediática y reconocimiento social. Para ello reviso algunos trabajos de Aníbal Ford y de Nick Couldry.

La primera reflexión sobre las implicancias políticas tiene que ver con la problematización de un contexto contemporáneo en el cual se combina un creciente empobrecimiento de la información, con una significativa desigualdad distributiva de esa información, tanto en términos económicos como de derechos de la ciudadanía. Sumado a ello, la alta concentración de empresas de medios de comunicación en pocas manos, más la tendencial convergencia digital de las telecomunicaciones, junto con la expansión exponencial de los usos de las nuevas tecnologías, no solo por parte de los ciudadanos de a pie sino también por parte de los periodistas, produce un juego entre los medios y el poder que "reclasifica las relaciones entre la comunicación y la ciudadanía" (Ford, 1994: 221).

Respecto de las nuevas tecnologías, una perspectiva tecnocéntrica argumentaría que el problema tiene que ver con una desigualdad de acceso al equipamiento. No obstante, la pregunta instalada por Ford se mantiene dramáticamente en pie: ¿con qué herramientas cuentan los ciudadanos para la toma de decisiones, en el marco de una creciente desigualdad en términos tanto de acceso como también de la calidad de la información socialmente necesaria? La creciente desigualdad no solo compromete los términos de acceso. ¿Cómo intervenir en

<sup>12</sup> Para profundizar sobre esta cuestión revisar Hall (2010); Grossberg (2012) o Richard (2010), entre muchos otros.

deliberaciones tales como la relación del extractivismo con el medio ambiente; la instalación de centrales nucleares o sitios de minería a cielo abierto; las implicancias de asilo a los refugiados y/o exiliados y su inserción en la vida económica y social de los países; las reformas socioeconómicas que impulsan actualmente los gobiernos neoliberales? ¿Estamos preparados los ciudadanos comunes para procesar tanta cantidad de detalles leguleyos sobre leyes que afectan nuestra vida cotidiana en este contexto de desigualdad de acceso a la información? Son muchos los temas que impactarán sobre la vida de las personas pero sobre los cuales la ciudadanía cada vez cuenta con menos información —o esta se presenta con filtros opacos.

Es en ese contexto que las palabras de Ford respecto de un posperiodismo que "parece licuar los viejos valores del periodismo y de la libertad de prensa como promotora del desarrollo y el debate de y en la opinión pública, de enriquecimiento y profundización de lo político" (1999:107), continúan vigentes. La pregunta rectora no es por las nuevas tecnologías en sí mismas, sino por los cambios socioculturales cuyo impacto no parece tener aún respuestas concretas. La sinergia entre las innovaciones tecnológicas, las modificaciones en el periodismo y la convergencia digital, pone en el centro de la cuestión los interrogantes sobre las implicancias de esta sinergia en los dispositivos de la democracia y en la formación del ciudadano.

Asimismo, hay algo más que se conecta con lo que vengo argumentando referido a la desigualdad de acceso y de procesamiento de la información, y que se desprende de una idea, anclada en el sentido común, que de algún modo da por cierto que los procesos de globalización tienden a la homogeneización. Contradiciendo este supuesto, Ford se pregunta: ¿cómo se informa la ciudadanía sobre lo que pasa en el mundo? ¿Cómo se construyen las agendas de discusión? ¿Existe una agenda global? ¿O se trata, más bien, de problemas globales con dis-

cusiones diferentes? ¿Cómo se distribuye y se jerarquiza la información socialmente necesaria para los procesos de decisión económica y política globales? ¿Quiénes quedan excluidos? El deterioro de los términos del intercambio es no solo económico sino también cultural e informacional (Ford, 1994; 1999).

Claro que, a tono con una concepción humana de la comunicación, es evidente que la ciudadanía también se constituye en la calle, en las manifestaciones, en las instituciones, en la vida cotidiana; dicho en palabras fordianas, en las experiencias "micro" se confirman, o ño, las agendas "macro". Pero estas situaciones como las conversaciones cotidianas, el consumo de medios de comunicación, la participación en organizaciones sociales y otros ámbitos, como la escuela, el trabajo, etcétera, están atravesadas no solo por mediaciones sociales y culturales de diversa envergadura, sino también por mediaciones estructurales que resultan fundamentales como condicionantes de la construcción de hegemonía. En otras palabras, no hay que obviar las capas tectónicas en las que los cambios sociales se asientan, y por ende seguir pensando la desigualdad de acceso y de equipamiento, pero también la de la puesta en circulación y procesamiento de significados sociales, indispensables para la toma democrática de decisiones de la ciudadanía.

La otra línea reflexiva que se desprende del "mirar antropológico" se relaciona con el vínculo entre visibilidad mediática y reconocimiento social. En relación con la administración de las voces, Couldry (2010)<sup>13</sup> despliega una inspección crítica acerca de algunos estudios sobre cultura y comunicación que celebran la aparición de una diversidad de voces en el espacio público. Sostiene que esta celebración, que se caracteriza por poner de relieve el tándem que vincula la reivindicación de un grupo de "hacer oír su propia voz", con la obtención de visibi-

<sup>13</sup> También he consultado otras publicaciones de su autoría (2006; 2008; 2009) donde presenta sus postulados preliminarmente.

lidad, desestima en su afán celebratorio el riesgo de convertir la aparición de voces-otras en un mero slogan "neoliberal" (su calificador). Un riesgo al que ya había hecho referencia tempranamente Hall (2010)<sup>14</sup> cuando advertía sobre la posibilidad, ciertamente paradójica, de que una mayor cantidad de representaciones de alteridades en los bienes de la cultura, no signifique más que un remedo de diversidad cultural, banal, sin bases políticas que modifiquen en lo concreto la administración del poder y de los recursos.

Precisamente, el planteo teórico de Couldry sostiene, a lo largo de sus trabajos, que una verdadera política de voces requiere que el "hablar la propia voz" sea colocado en extensiva articulación con alguna política de "escuchar todas las voces". En este argumento, escuchar implica más que la obviedad de un acto "biológico" humano: abarca necesariamente uno de reconocimiento social. Por lo tanto, y como parte inclusiva de una política de voces, escuchar requiere no solo atender a lo que otros tienen para decir, sino, además, articular esas historias con la propia para otorgarle entidad plena a la experiencia humana en su conjunto. Apuesta, así, a reivindicar la capacidad de todos los sujetos de dar cuenta de sus vidas, cada uno con su historia, "con relatos que necesitan ser registrados y escuchados; indefinidamente enredados con las historias de otros" (2009: 580. Mi traducción). Por eso mismo, afirma, los reclamos de tomar la voz serán siempre incompletos, y hasta contradictorios, si no se acompañan de políticas de reconocimiento que, sugiere, han sido desatendidas en desmedro de las tendencias liberales a dar la voz, orientadas por puras razones de mercado. En ese sentido, Couldry entiende por "voz" nece-

<sup>14</sup> El trabajo de Hall, que es originalmente de 1992, fue traducido y publicado como Hall, Stuart: "¿Qué es lo 'negro' en la cultura popular negra?", en Hall (2010).

sariamente un valor de segundo orden encarnado en el doble proceso, inseparable, de hablar y de escuchar, lo que implica el mutuo reconocimiento de cada uno de los seres humanos como agentes activos con derecho a formar parte de la historia común, y en diálogo con otros.

Estas dos líneas de reflexión abren una gran cantidad de interrogantes que, aunque exceden el marco puntual de una investigación, resultan de sumo interés. ¿De qué modos abordar viejas preguntas en el marco de los nuevos horizontes analíticos y comprensivos de las ciencias sociales? ¿Cómo dar cuenta del 'efecto' de los medios sin pronunciar la palabra 'efectos', tan degradada en el campo de la comunicación? ¿Cómo entender los modos en que los sujetos experimentan y dan forma a prácticas democráticas? Las teorías de la mediatización tienden en general a sobrestimar la lógica mediática y, por lo tanto, a privilegiarla frente a lógicas más antiguas que la de los medios, y/o contemporáneas a ellos, que atraviesan la totalidad del espacio social sin ser reductibles a la lógica mediática. En verdad, la relación entre medios de comunicación, ciudadanía y vida cotidiana no es lineal, ni mecánica, ni unidireccional, sino que los medios trabajan en la intersección de muchos otros discursos, textos y experiencias que se dan en espacios no mediáticos. No obstante, el hecho de que es precisamente en la vida cotidiana donde están insertos los medios de comunicación, los define como una presencia ubicua, rutinaria y constante.

Por tanto, ¿cómo pensar el rol de los medios en las prácticas ciudadanas? ¿Cuál es específicamente la actividad de los ciudadanos en relación con los discursos mediáticos? ¿En qué medida, más allá de lo opinable, lo deseable o lo posible, los medios contribuyen al procesamiento de las prácticas democráticas? La perspectiva analítica que subtiende nuestras investigaciones indaga en la productividad de las representaciones mediáticas en la co-construcción de la hege-

monía cultural. Una hegemonía que implica la revalidación permanente, desde la producción simbólica, de las condiciones disimétricas del orden social a través, entre otras cuestiones, de la representación de las alteridades encarnadas en figuras cambiantes históricamente.

Entendemos que la incorporación de las dimensiones socioculturales al análisis sobre la legitimación de las disimetrías sociales ha contribuido a otorgarle nueva relevancia a los estudios sobre la(s) desigualdad(es). Sin desestimar las condiciones estructurales ni el marco económico que la sustenta, esta perspectiva multidimensional atiende al carácter socialmente productivo del proceso de legitimación de la desigualdad, sujeto a "convenciones culturales, marcos institucionales y relaciones de poder" (Reygadas, 2008: 68). Porque si bien la desigualdad posee una base material que la organiza, es también una construcción colectiva que opera en el encuentro entre la vida cotidiana y los circuitos de producción discursiva. Esta problemática permite (re)pensar los vínculos entre las condiciones en que se concretizan las formas de organización simbólica de una sociedad, y los marcos cognitivos dentro de los cuales se desenvuelve la experiencia social, poniendo en relación el sentido común, las representaciones mediáticas de la diferencia, y los estudios socioculturales sobre la persistencia de la(s) desigualdad(es).

## BIBLIOGRAFÍA

- ABU-LUGHOD, Lila: "La interpretación de la(s) cultura(s) después de la televisión", en *Etnografías contemporáneas*, Año 1, Nro. 1, abril, Buenos Aires, 2005.
- ÁLVAREZ BROZ, Mariana: "¿Cuánta igualdad somos capaces de aceptar? Formas, experiencias y representaciones de la desigualdad en personas trans de la Argentina contemporánea (1990-2015)", Tesis de Doctorado en Sociología, IDAES-UNSAM, 2017.
- ÁLVAREZ BROZ, Mariana, Rodríguez, María Graciela, Settanni, Sebastián y Vázquez, Mauro: "Plumas, pipas y ceviches. Representaciones subalternizantes de los medios de comunicación contemporáneos", en *La trama de la comunicación*, Vol. 18, pp. 89-111, 2015.
- ANG, Ien: Respuesta a la Encuesta sobre la "Cultura de Masas", en *Cuadernos de Información y Comunicación*, Nro. 9, pp. 163-183, 2004.
- APPADURAI, Arjun: *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la o globalización*, México: Trilce-FCE, 2001.
- ARANCIBIA, Víctor y CEBRELLI, Alejandra: "Visibilidad y representaciones de los aborígenes de San Martín del Tabacal. Palabras (entre)cruzadas e imágenes (des)encajadas", II Congreso de Redcom. Mendoza: UNCuyo, 2010.
- ARANCIBIA, Víctor y CEBRELLI, Alejandra: *Representaciones sociales: Modos de mirar y de hacer*. Salta: Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta, 2005.
- CAGGIANO, Sergio, MAGALHÃES, Nara y MALUF, Sonia: "As mídias em múltiplas perspectivas". En *Ilha*, Vol. 10, Nro. 2, pp. 11-16, 2008.
- CASTRO GÓMEZ, Santiago: *La poscolonialidad explicada a los niños*, Popayán: Universidad del Cauca, 2005.
- COULDRY, Nick: *Why Voice Matters. Culture and Politics after Neoliberalism*, Londres, Sage, 2010.
- COULDRY, Nick: "Rethinking the politics of voice", en *Continuum: Journal of Media & Cultural Studies*, Vol. 23, No. 4, pp. 579-582, 2009.
- COULDRY, Nick: "Mediatization or mediation? Alternative understandings of the emergent space of digital storytelling", en *New Media Society*, Vol 10, Nro. 3, pp. 373-391, 2008.

- COULDRY, Nick: "Culture and citizenship. The missing link?", en *European Journal of Cultural Studies*, Vol 9, Nro. 3, pp. 321-339, 2006.
- FORD, Aníbal: *La marca de la bestia*, Buenos Aires: Norma, 1999.
- FORD, Aníbal: *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis*, Buenos Aires: Amorrortu, 1994.
- GRIMSON, Alejandro: *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2011.
- GROSSBERG, Lawrence: *Estudios culturales en tiempo futuro*, Buenos Aires: SXXI, 2012.
- HALL, Stuart: *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*, Eduardo Restrepo, Catherine Walsh y Víctor Vich (editores), Popayán: Instituto de estudios sociales y culturales Pensar, Universidad Javeriana, Instituto de Estudios Peruanos, Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador, Envión Editores, 2010.
- HALL, Stuart: "Notas sobre la deconstrucción de lo popular", en Samuels, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, 1984.
- HOGGART, Richard: *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2013 [1957].
- MARTÍN-BARBERO, Jesús: "Recepción de medios y consumo cultural: travesías", en Sunkel, G. (comp.) (2006), *El consumo cultural en América Latina. Construcción teórica y líneas de investigación*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2006.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús: *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona, Gustavo Gili, 1987.
- MITCHELL, William (W. J. T.): "Mostrando el ver: una crítica de la cultura visual", en *Estudios Visuales I* (pp. 19-40), 2003.
- REGUILLO, Rossana: "Políticas de la (In) visibilidad. La construcción social de la diferencia". Diploma superior en educación, imágenes y medios. Buenos Aires: FLACSO, 2008.
- REGUILLO, Rossana: "El otro antropológico. Poder y representación en una contemporaneidad sobresaltada", en *Análisis*, Nro. 29, pp. 63-79, 2002.
- REYGADAS, Luis: *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*, México: Anthropos, 2008.
- RICHARD, Nelly: "Desde Lima: una conversación (inconclusa) sobre Estudios Culturales", en Nelly Richard (ed.) *En torno a los estudios culturales. Localidades, trayectorias y disputas*, Santiago de Chile: ARCIS/CLACSO, 2010.

- RODRÍGUEZ, María Graciela: "Dos postales y una reflexión: regímenes de visibilidad y de visualidad (o cómo pensar la ciudadanía en sociedades mediatizadas)", en Silvia Elizalde y María Graciela Rodríguez, *Aquí estamos. Estudios sobre públicos, pantallas y representaciones mediáticas*, La Plata: UDelp, 2019, e/p.
- RODRÍGUEZ, María Graciela: "No importa lo que yo diga. Desigualdad, ciudadanía y democracia en la sociedad mediatizada de la Argentina", en Intexto, Nro. 45, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2019.
- SAID, Edward (conversación con Raymond Williams): "Apéndice", en Williams, R.: *La política del modernismo*, Buenos Aires: Manantial, 1997.
- SAID, Edward: *Orientalismo*, Madrid: Libertarias, 1990.
- SCHMUCLER, Héctor: *Memoria de la Comunicación*, Buenos Aires: Biblos, 1997.
- SEGATO, Rita Laura: *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*, Buenos Aires: Prometeo, 2007.
- SEGURA, Ramiro: *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*, San Martín: Unsam Edita, 2015.
- SETTANNI, Sebastián: "La plaza está de fiesta. Sociabilidad, política y medios de comunicación en ocasión de la Marcha del Orgullo LGBT 2008-2009", Tesis de Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, IDAES, 2014.
- SETTANNI, Sebastián: "Sexualidades politizadas y medios de comunicación: la Marcha del Orgullo LGBT de Buenos Aires", en *Avatares*, Nro. 3, 2013.
- VÁZQUEZ, Cecilia y Vázquez, Mauro: "Imágenes crepusculares", en Silvia Elizalde y María Graciela Rodríguez, *Aquí estamos. Estudios sobre públicos, pantallas y representaciones mediáticas*, La Plata: UDelp, 2019, e/p.
- VERÓN, Eliseo: Respuesta a la Encuesta sobre la "Cultura de Masas", en *Cuadernos de Información y Comunicación*, Nro. 9, pp. 163-183, 2004.

## EL PLACER DE LAS MULTITUDES

Lucrecia Gringauz

En 1910 Argentina conmemoraba su primer Centenario. Aunque la efeméride se concentraba en el día 25 de mayo, los festejos se desplegaron durante todo el año. Con ese motivo, desembarcaron en la Ciudad de Buenos Aires, capital del país, delegaciones reales, gubernamentales y castrenses de buena parte del mundo, junto a una serie de figuras de las artes y de la cultura de renombre internacional. Los mayores tributos y los más suntuosos homenajes fueron dispensados hacia la delegación española, encabezada por la carismática Infanta Isabel de Borbón.<sup>1</sup>

El desarrollo y la prosperidad nacional se celebraban a través de exposiciones nacionales (como la de Agricultura, la de Ganadería, la de Bellas Artes, la Ferroviaria, etc.); banquetes; agasajos; funciones líricas y teatrales; festividades de las colectividades extranjeras; peregrinaciones; congresos y actos escolares, entre otras cosas. Asimismo, se inauguraron edificios, monumentos y bustos que colaborarían con pregnancia en la

<sup>1</sup> Cabe recordar lo curioso de la situación: España enviaba por primera vez representantes de fuste (la Infanta era la tía del rey Alfonso XIII) a su otrora colonia para la conmemoración de la gesta que, precisamente, había iniciado el proceso independentista. Y esa comitiva del imperio era recibida con más honores y atenciones —e incluso cariño— que ninguna otra delegación extranjera.